

sociales, en el caso de la Dra. Pérez-Marchand, el de la mistificación ideológica y las múltiples paradojas en que se despliega, en el del Dr. Casares. Y aunque el Dr. Fromm quisiera no ver en todo ello sino elementos "superestructurales" —perdónesenos la palabra— creo que debió recoger el oportuno recuerdo que el Dr. Casares trajo a colación en su ponencia en orden a que, conforme al pensamiento de Marx y de Engels, hay interacción constante entre el nivel de la infraestructura y el de la superestructura. No querer ver este último puede ser un modo de restar toda eficacia a la acción que se quisiera desarrollar frente al primero...

APUNTES PARA EL DESARROLLO DEL TEMA: LA INCOMUNICACION EXISTENCIAL EN AMERICA LATINA¹

Por MONELISA L. PEREZ-MARCHAND

LA índole del tema que se interesa discutir en este foro —*Paradojas de Latinoamérica*— es de naturaleza tan compleja y

¹ Con el propósito de contribuir a que en este foro se produzca el clima que propicia al diálogo, nos hemos permitido hacer unos apuntes aclaratorios mínimos sobre algunos de los conceptos que hemos de emplear, sin pretender con ello ofrecer definiciones definitivas. Son estos: comunicación existencial; incomunicación existencial; coexistencia; convivencia; intelectual; técnico.

Por *comunicación existencial* entendemos aquella situación que se produce cuando hay un intercambio coherente, significativo, de sensaciones, gestos, imágenes, actitudes, conceptos, etc., entre dos o más seres humanos que al dirigirse entre sí lo hacen suponiendo o reconociendo mutuamente que se dirigen a una persona o personas y no a una cosa o cosas, por lo que resultan accesibles los unos para los otros, y por lo tanto aptos para la convivencia.

La *incomunicación existencial*, por el contrario, se da en aquella otra situación en que no se hace posible el intercambio coherente, significativo, de sensaciones; gestos; imágenes; actitudes; conceptos; etc., entre dos o más seres humanos. Las razones que pueden darse para explicarla son de índole variada.

Coexistencia, es el tipo de existencia vivida por dos o más personas en la que queda de manifiesto la tendencia gregaria del hombre, y su capacidad para tolerar vivir junto a otros hombres. Lo que aquí se advierte es la aceptación del hecho de la *proximidad* y asimismo de la necesidad que hay de aceptar por ello la fijación de relaciones de derecho para vivir conjuntamente.

Convivencia. Tipo de existencia vivida por dos o más personas en la que queda manifiesta no sólo aquella tendencia gregaria y el reconocimiento formal de los principios de derecho al que fuerza la proximidad, sino asimismo la voluntad expresa de actuar en estrecha y armoniosa colaboración, por respeto y aprecio de la alteridad del prójimo. Aquí la relación que se advierte es de *proximidad*.

Intelectual. Persona que ambiciona comprender el sentido de la realidad, para

vasta, que no es posible siquiera presentarlo adecuadamente en el tiempo que para ello se ha destinado.²

Como por este motivo resultaría ingenuo presumir que en esta actividad puedan exponerse todas las paradojas del orbe latinoamericano dignas de ser investigadas, y sería asimismo cándido suponer que puedan ofrecerse interpretaciones definitivas para las mismas, limitaremos nuestra intervención esta noche a presentar aquélla que más nos impresionó en nuestro reciente viaje por América Latina: la incomunicación existencial entre los latinoamericanos.

El propósito de esta breve exposición no es ofrecer aquí interpretaciones expertas o novedosas para este problema; pero tampoco es sólo el de hacer de aquél una simple denuncia literaria más. Nos mueve también el propósito de interesar a investigadores competentes para que estudien a fondo la nomenclatura de este problema que, por haber sido tolerado sin un repudio suficientemente enérgico, ha pasado desapercibido para la mayoría de la gente que deberían tenerlo presente. Pues, aunque es bien conocido por un reducido núcleo de intelectuales,³ y se ocupan de él algunas instituciones de investigación,⁴ así como organismos interamericanos;⁵ y se han llevado a cabo congresos⁶ y Reuniones de Mesa Redonda⁷ interamericanos en los que se ha planteado la cuestión, no obstante, creemos que no es debidamente conocido por todos los que deberían conocerlo, y mucho menos por quien precisamente

lograr lo cual se entrega a tareas reflexivas de carácter creador o recreador, a través de diversos medios expresivos.

Técnico. Persona especializada en una ciencia, o un arte, o una industria, o una destreza, o un oficio.

² Si consentimos en tomar parte en una actividad sujeta a un límite temporal tan apretado —que apenas alcanza para arañar la superficie del tema— lo hacemos respondiendo a nuestra convicción de que el diálogo no sólo puede iluminar mutuamente a los dialogantes, sino asimismo servir de estímulo para las voluntades investigadoras que pueden y deberían preocuparse por este problema en los pueblos de América Latina.

³ Entre otros: Félix Schwarzmán, de Chile; Mario Benedetti y Carlos Maggi, de Uruguay; Octavio Paz, Samuel Ramos, Alfonso Reyes, Abelardo Villegas; Leopoldo Zea, de México; Sebastián Salazar Bondy, de Perú; Erico Verissimo, de Brazil; y tantos otros que no tenemos espacio para mencionar aquí.

⁴ Cfr. Instituto Torcuato di Tella, de Argentina etcétera.

⁵ Cfr. Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC); Comisión Económica Para América Latina (CEPAL); Organización de los Estados Americanos (OEA); etcétera.

⁶ Cfr. Primer Congreso Panamericano de Ministros de Educación celebrado en Panamá en 1943; Primer Congreso de Historia de las Ideas en América, celebrado en San Juan de Puerto Rico, del 3 al 8 de diciembre de 1956.

⁷ Reunión de Mesa Redonda Para Discutir los Medios de Intensificar el Conocimiento Mutuo entre los Países de América. Celebrada en San Juan de Puerto Rico, entre el 23 y el 28 de abril de 1956.

queda más afectado por él: el hombre promedio de los pueblos latinoamericanos.

En Puerto Rico nos hemos acostumbrado a oír que se justifica el fenómeno de nuestra incomunicación existencial con el mundo latinoamericano tan constante y persistentemente en términos de: a) nuestra condición insular;⁸ b) la distancia que nos separa; c) la influencia que en nosotros ejercen la cultura y el modo de vida norteamericanos; y d) nuestra dependencia económica de los Estados Unidos de Norteamérica, que, insensiblemente, hemos llegado a aceptar éstas como *las* razones que explican el problema. Sin duda por ello es que no hemos hecho esfuerzos significativos por considerar la posibilidad de que pudiera haber otras explicaciones, ni por investigar a fondo si este fenómeno se produce sólo en relación con Puerto Rico.

Sin embargo, no es difícil comprobar en el curso de cualquier diálogo en que se suscita este problema, que al ofrecer las explicaciones que se supone le satisfacen, el puertorriqueño promedio no está entregando unas simples declaraciones sobre un hecho comprobado, que le es indiferente. Por el contrario, creemos que puede descubrirse tras de ellas una especie de implícita censura de sí mismo, una velada alusión a una falla de su carácter. Y parece evidente por su proceder, que ello se debe a que, mientras de una parte tiene presente que hizo su ingreso en la historia occidental compartiendo patrones culturales con el mundo latinoamericano, por otra parte teme haberles dado la espalda. Y esta preocupación produce en un sector considerable de nuestro pueblo esa mortificación espiritual que experimenta quien, creyéndose responsable de haber cometido una falta grave, se siente asimismo culpable de no haber hecho esfuerzos por superarla.

Debemos reconocer que cuando comenzamos nuestro viaje en el pasado año académico 1965-1966 —durante gran parte del cual recorrimos México, toda Centro América y toda Sur América, ex-

⁸ Esta, realmente no ha constituido para nosotros una razón de verdadero peso. Estamos, por el contrario, inclinados a pensar con Collingwood:

The fact that certain people live, for example on an island has in itself no effect on their history; what has an effect is the way they conceive that insular position; whether for example they regard the sea as a barrier or as a highway to traffic... In itself it is merely a raw material for historical activity, and the character of historical life depends on how this raw material is used. R. G. Collingwood. *The Idea of History* New York: Oxford University Press, 1957, p. 200.

cepto Paraguay—⁹ coincidíamos en cierta medida con la preocupación y el estado de ánimo arriba descritos.

Por eso, aunque no fuimos a América Latina con la ingenua idea de encontrar allí una unidad uniformemente integrada desde el punto de vista artístico, cultural, espiritual, político, etc.,¹⁰ —pues sabíamos de sus diferencias de diversa índole en todos los órdenes; de su vastedad geográfica; y de sus pleitos por fronteras—¹¹ nuestra sorpresa fue grande, sin embargo, cuando descubrimos el nivel en que allí se manifiesta el fenómeno de la incomunicación existencial.

Y la sorpresa resultó mayor, cuando descubrimos en la situación latinoamericana agravantes desconocidos entre nosotros, ya que al afirmar que hay lugares de América Latina en donde no existe comunicación, no nos referimos únicamente a la comunicación física, ni tampoco sólo a aquélla que se logra por la fonación o la escritura. Nos referimos también a la que podría producirse mediante gestos intencionados, aún entre analfabetos que se supone comparten al menos un mínimo de tradiciones culturales en común.

Entonces fue que comprendimos a cabalidad todo el alcance de comentarios que oyéramos en varias ocasiones a Alfonso Reyes —entre 1943-1945, mientras éramos estudiantes de *El Colegio de México*, siendo él presidente de aquella institución— y cuya esencia podría decirse resumida en la siguiente frase suya: “La antología de errores que en materia de información precisa cometemos al hablar unos de otros, avergonzaría al continente”.¹²

Fue también en este viaje que nos hicimos cargo de que el problema de la incomunicación no es sólo nuestro —insular— sino asimismo de América Latina, sin que allí en cambio, puedan aducirse las mismas razones que se ofrecen en Puerto Rico para explicarlo.¹³

Por otra parte, nos percatamos, además, de que el problema

⁹ La exclusión de Paraguay de este viaje se debió al hecho de que para la fecha en que debíamos pasar por aquel país, ocurrían inundaciones de tal índole que imposibilitaron nuestro traslado allí.

Debemos añadir que conocemos México desde 1943, cuando iniciamos una estada de dos años y medio. Luego hemos vuelto a México en 1957; 1963 y 1965.

De las Antillas hemos visitado Cuba en 1945, y Haití en 1950.

¹⁰ Véase al efecto nuestra ponencia “El hombre americano”. *Memorias del XIII Congreso Internacional de Filosofía*. México: Universidad Autónoma de México. 1963, pp. 252-260

¹¹ Entre otros: Venezuela y Colombia; Venezuela y Perú; Ecuador y Perú; Bolivia y Chile; Chile y Argentina; etcétera.

¹² Alfonso Reyes: *Última Tule*. México: Imprenta Universitaria. 1942, p. 100.

¹³ La confrontación con la situación latinoamericana nos ha hecho considerar la posible necesidad de revisar las razones aducidas para explicar el problema en Puerto Rico.

reviste allí una gravedad que no hubiéramos podido calibrar adecuadamente sólo a través de lecturas. Y, mucho menos en el grado en que se manifiesta en algunos de aquellos países. Pues no cabe duda de que en términos generales existe un evidente divorcio entre lo que piensa y escribe la *élite* intelectual de América Latina y lo que constituye, *de facto*, la realidad existencial del hombre latinoamericano.

Nos sorprendió profundamente, por ejemplo, tropezar de continuo con el hecho de que, mientras la literatura latinoamericana de toda índole¹⁴ tiende a exaltar directa e indirectamente al hombre como el eje *sobre, desde, y hacia* el cual giran o deben girar todos los valores —haciendo especial hincapié en el respeto por la dignidad del hombre y la libertad humana— la situación que de hecho existe, no obstante, es cosa muy diferente. En gran parte del mundo latinoamericano impera un gran menosprecio por la vida; falta de respeto por la persona humana a la que de continuo se somete a humillaciones sin nombre, y una incalificable indiferencia hacia el dolor y la suerte del semejante, según pudimos comprobar.¹⁵

Y esto, singularmente para nosotros, sin que pudiéramos percibir tan manifiesto en el ambiente general de aquel orbe el sentimiento de culpabilidad que conturba al puertorriqueño promedio, cuando se confronta con el citado fenómeno de la incomunicación existencial. Aunque nos consta, como ya lo hemos señalado, que aquella situación mortifica y preocupa *profundamente* a un pequeño núcleo de intelectuales que claman con energía para que sea revisada en su fondo, y quienes luchan o han luchado en la medida de sus fuerzas, y por diversos medios, por hacer conscientes de la misma a aquellos pueblos.

Lo que más nos consternó descubrir en el mundo latinoamericano fue que esa incomunicación no afecta sólo a los vecinos más allá de las fronteras políticas —acerca de quienes se podría concebir que se sustentaran ideas extrañas y se asumieran actitudes inconcebibles, quizá por razón de la distancia que les separa y las diferencias en los intereses nacionales—, sino que se puede extender también al vecino próximo. Pues el observador de América Latina no

¹⁴ Especialmente la filosófica, como lo comprueba la obra de Antonio Caso; Alejandro Deústua; Alejandro Korn; Samuel Ramos; Francisco Romero; José Vasconcelos; Francisco Vaz Ferreira; para mencionar sólo algunos.

¹⁵ Es interesante anotar que para apreciar esta situación hay que recurrir principalmente a las nuevas generaciones de cuentistas, novelistas, ensayistas, etc. Entre otros: Juan Rulfo en sus cuentos *El Llano en Llamas* y su novela *Pedro Páramo*, etc.; Gabriel García Márquez en sus novelas *El coronel no tiene quien le escriba* y *Los funerales de la Mamá Grande*; etcétera

tiene dificultad en comprobar que esa incomunicación no representa una toma de posición sólo frente al extraño, sino que también puede alcanzar al vecino dentro de los propios confines nacionales.

Acerca de este prójimo también se sustentan allí ideas muy precarias y confusas y se asumen actitudes prejuiciadas, especialmente cuando éste no pertenece a la misma clase social, o se trata de indígenas; negros; mestizos; así como de grupos ignorantes e indigentes. Y, aunque en algunos países latinoamericanos¹⁶ estos núcleos constituyen la gran masa de la población, viven al margen de la vida de ricos, burócratas, comerciantes y técnicos —nacionales y extranjeros—, arañando para mal vivir.

Aún contemporáneamente hay lugares de América Latina en donde algunas de esas culturas indias pueden vivir junto a otra cultura altamente desarrollada sin percatarse de la existencia de ciertas instrumentalidades o estructuras sociales, inclusive ajenos a la existencia de instrumentos y artefactos mecánicos que facilitan la vida contemporánea.

Recordamos al efecto una experiencia personal que tuvimos en la ciudad de México en 1943, que jamás hemos podido olvidar. Caminábamos una tarde un compañero de estudios y quien les habla, por el centro de la ciudad. Nos detuvimos en un semáforo a esperar que la avalancha de vehículos de motor que circulaba nos diera la oportunidad de cruzar la calle, y, habida esa oportunidad, nos lanzamos a aprovecharla. Súbitamente fuimos embestidos por un cargador indio cuya presencia no advertimos a tiempo para darle paso franco, debido a que transitaba en dirección opuesta a la de los vehículos. El indio tampoco había podido advertir la nuestra, por ir prácticamente aplastado bajo el peso de la enorme carga que llevaba sobre las espaldas, sostenida milagrosamente por una cuerda cogida de su cabeza. Repuestos del tropezón, y después de dar disculpas y equilibrar al buen hombre sobre sus pies, se nos ocurrió hacerle al compañero uno de esos comentarios triviales que a veces se hacen para salir del mutismo que sobreviene tras de una experiencia embarazosa: "Los jíbaros¹⁷ de mi tierra son más flojos que éstos, a ninguno se le ocurriría hacer ese esfuerzo. Todo lo mueven sobre ruedas".

Aún recuerdo vívidamente la sacudida que me produjo el co-

¹⁶ Así, por ejemplo, en Bolivia; Brasil; Ecuador; Guatemala; Honduras; Nicaragua; Perú, etc. Nos interesó sobre manera descubrir que en algunos países en que se niega la existencia de núcleos indígenas, se hace a base de que éstos han asimilado las costumbres y la indumentaria europeas; como por ejemplo en San Salvador.

¹⁷ Nombre que se da en Puerto Rico al campesino puertorriqueño.

mentario del estudioso compañero: "Es que éstos aún no conocen la rueda".

¡Aquello en pleno Siglo xx, y en el mero centro de una de las grandes ciudades metropolitanas del Mundo!¹⁸ Sin embargo, lo que presenciábamos allí y el tono objetivo y franco del compañero mexicano no dejaban lugar a dudas de que aquel hecho constituía asimismo una realidad incontrovertible.

Sólo logró restablecer nuestro equilibrio anímico la afirmación igualmente serena y convencida del compañero: "A nosotros toca ayudarles a descubrirla".

Cierto es que no volvimos a tener esta experiencia en el centro de la ciudad de México en este último viaje, pero no pensamos por ello ingenuamente que la situación haya desaparecido en su totalidad. Y, por otra parte, la observamos ocurrir repetidamente en calles y plazas públicas de Bolivia, Ecuador, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Perú, San Salvador, etc.

Ahora bien, si es cierto que sorprende descubrir aún hoy en América Latina la situación descrita entre los prójimos de diferentes clases sociales, más sacude y conturba descubrir que en algunos de aquellos países el prójimo con quien no se establece comunicación no es necesariamente siempre el extranjero, o el de otra clase social, sino que también puede ser el de la propia clase, como lo revela contundentemente Carolina María de Jesús, la moradora de la favela Canindé, de São Paulo, Brazil, cuando lamenta en su diario:

"A unica coisa que ñao existe na favela é solidariedade".¹⁹

Por lo que puede verse que la incomunicación existencial en América Latina existe *no sólo* entre intelectuales y no intelectuales, y entre las diferentes clases representativas de los diversos estratos sociales, sino que puede ocurrir aún dentro de una misma clase social. Y lo que es más, aún dentro de aquella clase paupérrima que en nuestro país —Puerto Rico— se ha solido presumir tradicionalmente que se distingue por su desprendimiento hacia los bienes materiales y su espíritu de solidaridad humana.²⁰

¿Qué razones podrían ofrecerse para iniciar la comprensión de este fenómeno de incomunicación existencial tan radical en América Latina?

¹⁸ La ciudad de México tenía entonces *alrededor* de cuatro millones de habitantes.

¹⁹ Carolina María de Jesús: *Quarto de Despejo. Diario de una Favelada*. São Paulo. Livraria Castro Alves. 1963, p. 11.

²⁰ Desde luego, habría que investigar si esta presunción realmente responde a la experiencia puertorriqueña actual.

Sin cegarnos al hecho de que las paupérrimas condiciones económicas en que viven sus grandes masas indigentes contribuyen a hacer más miserable la vida de aquéllas, sostenemos que el problema tiene raíces más profundas que las que por lo general se han solido señalar en las interpretaciones —principalmente económicas— que se han hecho de este fenómeno.

Insistimos en que, cuando el observador culto, responsable y consciente de los problemas del hombre de América Latina logra captar la situación de aquél por sobre el nivel de la información impresa, cuando alcanza pasar más allá de la interpretación de nivel estadístico; y *observa personalmente* las condiciones de vida que en ella imperan, no puede menos que percatarse de que *ni sólo, ni siquiera principalmente* los problemas económicos, los que *aplantan* al hombre latinoamericano y especialmente al indigente y al indígena.

Como ninguna descripción de las condiciones de vida de éste que pudiéramos ofrecer podría presentarlas más vivamente que el poema *El Indio no tiene prisa...* de la poetisa española Carmen Conde, oigámosla:

El indio no tiene prisa, pero yo sí.

El indio y la india están sucios, hambrientos, enfermos, sentados en cualquier pedazo de tierra, labrada o inmunda, sin prisa. Resignados o ausentes de ellos mismos.

Pero yo no puedo verlos así más tiempo, no, no puedo, porque se han puesto a dolerme como llagas;

se me hincan igual que machetes en el pecho y en la espalda, y necesito que caminen, que se muevan y sonrían y recuerden, estos indios sentados y mudos y serios, y podridos de sol y de duelo callante!

Ya no tengo familia casi sobre estos indios.

Ahora pertenecen a descendientes suyos —y míos lejanísimos— que no los recuerdan o que les niegan pues que les dejan morir.

Solamente los poetas, mis hermanos, gritan inútilmente...

Junto mi clamor al suyo, lo sumo, lo duplico incluido en el suyo, para que el indio sonría, se levante, ande, cante de nuevo. ¿Cantó
[acaso?

Porque verlo sentado en una mancha de tierra, cerca de una vaca enferma, de una mujer deshecha, de unos chiquillos como pájaros flacos que no tienen alas,

no puedo sufrirlo, Dios de todos los seres de tu mundo, no puedo más Señor...! ²¹

Ponderando sobre esta situación de las masas indígenas e indigentes de América Latina —que aún descrita poéticamente hace resaltar la incomunicación existencial que allí prevalece— nos preguntamos en repetidas ocasiones durante nuestro viaje, si aquélla acaso pudiera deberse al hecho de que en realidad no existe en América Latina el sustrato cultural y espiritual común, tal como se ha dado por supuesto.

Alternativamente cuestionamos también la posibilidad de que lo que ocurra pueda ser que falte algún elemento fundamental en aquel sustrato cultural-espiritual. Un elemento que sea tan imprescindible para propiciar en el hombre latinoamericano la captación significativa de signos y gestos, y la conversión de estos símbolos inteligibles o captables por él, que su ausencia sea la que le produce la incapacidad que manifiesta para involucrarse en la actividad de la comunicación. Pues el propósito de ésta es, generalmente, hacer reaccionar al percipiente en algún sentido o en alguna forma afectando sus fines o designios. Pero, para lograr aquel propósito es preciso que el comunicante se dirija al percipiente como a una persona, no como a una cosa. Y, además, también es necesario que al hacerlo de este modo, el comunicante así se lo deje saber o entender al percipiente —situación que no es exactamente la que prevalece en América Latina hoy día, según comprobamos.

Se nos ocurre cuestionar, por tanto, si lo que allí sucede no será acaso resultado de que, por no haber reconocido el sujeto comunicante al sujeto percipiente como su igual —como hombre— según ya indicáramos, por ello el propio sujeto percipiente no alcanza a percibirse a sí mismo como tal —como hombre.

De ser esto cierto, nos parece que no sería del todo descabellado sentar como hipótesis de trabajo que, en aquellos países latinoamericanos en que ése sea el caso —especialmente aquéllos que tienen grandes masas de población indígena, indigente y analfabeta— tendríamos en la observación señalada *una* de las posibles claves para comprender el problema de la incomunicación existencial en la América Latina. Pues, como han comprobado repetidamente los investigadores de la comunicación en general, la per-

²¹ Carmen Conde: "El indio no tiene prisa"... *Revista Asomante*, San Juan, Puerto Rico. 1963, Núm. 3, p. 17.

cepción que el percipiente alcanza de algo es siempre selectiva, y está condicionada por su capacidad receptora.

En otras palabras, a nuestro modo de ver, en aquellos países latinoamericanos en que el caso resulta ser el arriba descrito, todo parece señalar que la mayor dificultad para la comunicación —entre otras dificultades— se produce debido a que el percipiente no tiene conciencia de la propia identidad.

Ahora bien, como quiera que el problema de identidad puede darse en varios niveles —cultural; étnico; político; psicológico; etc.— es preciso que señalemos que el nivel específico al cual aludimos aquí es el más radical, toda vez que se refiere a la incapacidad de estos sujetos humanos para percibirse y concebirse a sí mismos como hombres.

Por eso, a la tesis del peruano Antonio Pinilla en el sentido de que “no sabemos adonde vamos y qué queremos porque desconocemos cómo somos, etc.”²² creemos que se podría añadir sin temor a incurrir en un error muy grave, que el hombre de América Latina —el que se encuentra en la situación arriba descrita— tampoco sabe lo que es.

De esta suerte, nos parece que las cuestiones teóricas más cruciales que tiene que encarar hoy el investigador de América Latina son, sin duda alguna: ¿Qué concepto del hombre tiene el Latinoamericano? ¿Qué idea tiene de sí mismo?

No tenemos hasta hoy una contestación enteramente satisfactoria para estas interrogantes. Y ello nos preocupa profundamente, porque estamos convencidos de que mientras en el orbe latinoamericano siga prevaleciendo la situación de *ceguera moral* descrita por Carmen Conde, y pueda darse el tipo de experiencia relatada en nuestra anécdota del cargador mexicano; mientras en algunos de aquellos países el criterio que prevalezca para la determinación de las clases sociales sea la “limpieza de sangre” o el del “prestigio del apellido”,²³ etc., las diferencias de valores existentes entre las clases

²² Antonio Pinilla: *El filósofo en la sociedad actual*. Lima: Universidad Nacional de San Marcos, 1959, pp. 47-47. La cita completa es la siguiente:

Nuestra ineficacia pragmática deriva de no saber en realidad qué es lo que queremos; y no sabemos adonde vamos y qué queremos porque desconocemos cómo somos, contentándonos con las historias que inventamos para engañarnos a nosotros mismos. Conversamos menos y el diálogo solitario que llamamos pensamiento está totalmente fuera de moda

²³ Estos constituyen criterios para la determinación de las clases en casi todos los países latinoamericanos, especialmente en sus provincias del interior, aunque el predominio de uno u otro varía, dependiendo de la presencia o ausencia de grandes grupos indígenas.

constituirán, más que una grave dificultad, un verdadero impedimento para que se pueda lograr hasta la más elemental comunicación existencial.

Desde luego, se nos puede arguir que incomunicación existencial ha habido en todas partes y en distintos momentos de la historia del hombre; o que su presencia sólo refleja un estadio de desarrollo social inmaduro. ¿No lo revelan así, acaso, las voces sabias o nostálgicas; pesarasas o amargas; rebeldes o airadas, que a través de las edades se han alzado para denunciar la incomunicación existencial como una de las grandes maldiciones del hombre?

Pero esto no viene al caso en este momento. Lo que sí viene al caso es que debemos ocuparnos de que esta situación no siga constituyendo el orden del día en América Latina, porque es una situación que lesiona fundamentalmente no sólo al hombre latinoamericano en particular, sino al hombre.

Y nos parece que hasta que no se resuelva, o por lo menos se aclare, todo lo que se haga sin tomarla en consideración será como edificar sobre arena movediza.

Sin tiempo para entrar aquí en la consideración a fondo de la diversa índole de los elementos o factores²⁴ que deberían estudiarse para comprender esta complejísima situación, por fuerza tenemos que limitarnos a subrayar aquéllos que creemos están en su base misma, o cuyo descuido constituye una condición agravante para las dificultades que crean o precipitan los otros factores implicados en el problema de la comunicación existencial. Estos, a nuestro juicio —como habrá podido apreciarse ya en este trabajo— nos parece que son fundamentalmente de carácter filosófico, ético.

Nuestra experiencia personal recién habida en América Latina nos permite vislumbrar que no andamos muy despistados al hacer esa afirmación, ya que a través de aquella experiencia se nos hizo evidente que lo primero que precisa hacer —y con urgencia— es *poner en cuestión* no sólo el concepto que del hombre se tiene en la mayoría de aquellos países, sino también la idea que de sí mismo tiene el hombre latinoamericano. Y no sólo es preciso que éste así se conozca, sino que también es forzoso que se percate de cómo y por qué piensa y siente como lo hace.

De la imperiosa urgencia de esta tarea están conscientes, como era de esperarse, un núcleo de intelectuales; políticos, etc.; de conciencia social y filosófica que reconocen la necesidad de llevar a

²⁴ Factores de carácter cultural, económico, espiritual, ético, filosófico, geográfico, político, psicológico, religioso, etcétera.

cabo, *conjuntamente* con las medidas de urgente reforma económica, política, social, etc., una revisión verdaderamente a fondo del concepto del hombre.²⁵ En México Samuel Ramos lo ha expresado muy claramente: "el problema de nuestra cultura no es tanto el de hacer obras cuanto el de formar al hombre".²⁶

Desde luego que esta necesidad de revisar el concepto del hombre no ha surgido sólo recientemente, por el contrario, es muy antigua. Basta ojear algunas de las crónicas sobre la conquista y colonización americanas para percatarnos de que el "buen salvaje" de América no fue considerado el igual de su conquistador europeo, ni siquiera por aquéllos que se constituyeron en sus defensores, y sólo pueden señalarse algunas excepciones en que éstos demostraron algo más que simpatía o benevolencia para el hombre americano.

Tampoco hay que hacer gran esfuerzo para percibir la condescendiente sonrisa con que el europeo ha observado al americano "emancipado", constituyendo este hecho uno de los factores que tal vez más han contribuido a lesionar la visión que de sí mismo tiene el latinoamericano.

Por eso es que insistimos que hoy más que nunca urge hacer la labor de revisión señalada, porque entendemos que es en el curso de ella que el hombre promedio de América Latina podrá desarrollar la seguridad que le falta por razón de sus dudas respecto de su propio valer y su propia identidad, para alcanzar al fin las condiciones de existencia honrosa que le permitan considerarse como todo un hombre, y no como un mero ser marginal.

Estamos convencidos de que al ganar confianza en su propia dignidad como hombre, el latinoamericano promedio sabrá exigir que se le respete como ser histórico, y se capacitará para convertirse en el guarda de su propio hermano al devenir sujeto apto para la comunicación existencial.

¿Y por qué nos preocupa tanto que se logre ésta? Porque entendemos que es sólo en el curso de ella que se producen las condiciones que permiten superar la mera coexistencia vital,²⁷ haciendo

²⁵ Al efecto, existe un grupo de pensadores de vanguardia que condenan el arielismo de Rodó por entender que el concepto del hombre que éste propugna ya no está a tono con el momento actual. Y por entender que, en manos inescrupulosas —y lejos de la intención de Rodó— se ha convertido su arielismo en un instrumento para desviar la atención de los graves problemas de Suramérica.

²⁶ Samuel Ramos: *El perfil del hombre y la cultura en México*. México: Imprenta Universitaria. 1942, p. 162.

²⁷ Causa pavor pensar, por ejemplo, en el monstruo automático en que pudieran convertirse las poblaciones planificadas de administradores, técnicos, servidores públicos, etc., de Brasilia y las cinco ciudades satélites diseñadas para darle servicios a aquélla, si a esas poblaciones no se les libra antes de la ceguera moral que también

posible el desarrollo de la vida de estrecha colaboración y de creación armoniosa que exige a los hombres la verdadera convivencia. Ese tipo de vida que transforma a la criatura biológica humana de criatura meramente gregaria, en criatura social, histórica.

Nos preocupa además la comunicación existencial, porque resulta claro que ella es imprescindible para lograr la "integración" de América Latina, que tan afanosamente se procura acelerar en nuestros días, a través de meras medidas económicas, en un esfuerzo que a nuestro juicio es inadecuado para hacer frente a la magnitud del problema, porque no toma en consideración que las diferencias de valores entre las clases existentes son tan abismales, que ni siquiera se ha podido lograr aún un entendimiento real entre el líder y el indio al que pretende representar aquél.

Que no se entienda por esto, sin embargo, que rechazamos el hecho de que haya necesidad de afrontar enérgicamente la solución de los problemas económicos por los medios adecuados.

Pero no basta darle dinero al ignorante para resolver sus problemas. También hay que enseñarle a usarlo adecuadamente. En primer lugar, para que sacie su hambre y aprenda a vivir sobre el nivel de pura subsistencia;²⁸ en segundo lugar, para que lo utilice como instrumento para la adquisición de aquellos bienes y servicios que realmente enaltecen la vida humana, elevándola sobre el nivel de la vida animal. Y, desde luego, no basta darle de comer al hombre y decirle que es libre, para que *ipso facto*, alcance una visión histórica de sí mismo, y actúe como tal.

Para ello es preciso liberarlo de la ignorancia que lo anonada; de prejuicios de toda índole negativa; de supersticiones; de tradiciones fosilizantes; de costumbres que no posibilitan nuevos horizontes de conocimiento, y de adquisición de técnicas, o de crecimiento espiritual, moral, etcétera.

En América Latina no sólo hay que esforzarse por lograr que se consolide cuanto antes el imprescindible desarrollo de las fuerzas de producción y porque se establezca una distribución de la riqueza más equitativa, sino asimismo para que se establezcan —sobre una base sólida— las condiciones de una existencia honrosa sostenida por el principio de igualdad jurídica y moral para todos

encontramos allí, y se continúa segregando a sus habitantes sin consciencia del monstruoso problema de segregación que allí se está gestando, que sólo podrá contribuir a agravar el ya grave problema de la incomunicación existencial en América Latina

²⁸ Esto supone, desde luego, tener conciencia de qué es lo que mengua la propia dignidad, lo que a su vez implica tenerla también de qué es lo que mengua la dignidad humana.

los ciudadanos, sin distinción de raza, cuna, credo y filiación política.

Ahora bien, llevar al hombre promedio de América Latina no sólo a estar consciente de esto, sino a hacer algo positivo al efecto, supone, desde luego, una ingente tarea de educación, agravada por el alto porcentaje de analfabetismo existente. Y urge realizarla enérgicamente, porque es preciso que el hombre promedio de esta América pueda tener fe en sí mismo, en la misión que cumplen sus dirigentes y las instituciones nacionales e internacionales por las que en general se ha sentido abandonado.²⁹

Para lograr aquel propósito, también es forzoso facilitarle los medios de alcanzar conciencia histórica de su realidad americana.

Y la verdad es que en América Latina —salvo el caso de algunos iluminados que durante la época colonial y la de las gestas de emancipación y consolidación de los gobiernos republicanos, así como en el de algunos intelectuales, técnicos y hombres de acción excepcionales de hoy— este hombre promedio no ha tenido una clara visión histórica de la existencia humana, ni ha parecido sentir la necesidad de articular una visión histórica de sí mismo, en su propia realidad americana.

Sin duda por ello es, en parte, que a pesar de la enorme riqueza de recursos humanos y materiales que posee el orbe latinoamericano, con los cuales podría hacer valiosas contribuciones a la humanidad en todos los órdenes —artístico; espiritual; intelectual; moral; político; social; etc.—; sin embargo, no lo ha hecho en la medida en que debería esperarse. Y en cambio, sobre todo sus recursos humanos están, más que descuidados, abandonados.

Por ser esta la situación, entendemos que no se podrán resolver los múltiples y complejos problemas de América Latina con meros paliativos económicos, mientras allí no haya aprecio por la vida humana, ni respeto por el hombre; mientras pequeñas minorías vivan en clases exclusivas, explotando o dominando arbitrariamente a los demás; mientras se pueda subsistir —aún dentro de una misma clase social— sin conciencia de la *proximidad* de otros, e inclusive, de su *proximidad*.

²⁹ Hay una actitud de escepticismo general manifestado hacia las instituciones nacionales, así como hacia organismos internacionales como la *Organización de los Estados Americanos*, las *Naciones Unidas*, etc., expresada generalmente en términos de un humor amargo. Representativo de éste es el artículo de Mario Benedetti intitolado "Accidental y Cristiana" en que llama a la primera la *OBLEA*, esto es: *Organización Burócrata Latifundista de Estados Americanos*. Cfr. *Mejor es meneallo*. Montevideo: Aquí Poesía, 1965.

Para ayudar a rectificar esta situación es preciso que el intelectual —y a través de medios accesibles a la inteligencia y capacidad receptiva del hombre promedio latinoamericano— se apreste a colaborar en la enorme tarea educativa que ello implica.

Cierto es que, al señalar que el intelectual debe colaborar en esta tarea de orientación se plantea una serie de problemas que no son de fácil solución, como por ejemplo: ¿hay verdadera justificación para que aquél se abrogue esa responsabilidad? ¿Qué criterio o criterios ha de utilizar para este propósito? ¿Cómo y a base de qué ha de determinarlos?

No obstante, como por otra parte no es menos cierto que el hombre ignorante no puede orientarse espontáneamente, y que es preciso inducirlo a percatarse de necesidades sociales que él no percibe —así como es preciso reconocer y tomar en cuenta las que él reclama— nos parece que estamos justificados en sostener nuestra proposición.

Y lo que es más, en sostener que en esa tarea monumental tienen que comprometerse también el filósofo y el estudioso de la filosofía, ya que urge llegar hasta el hombre promedio. Y para asegurarse de que su mensaje llega de modo efectivo al percipiente, el comunicante *tiene* que conocer la "estructura conceptual" de aquél así como la "estructura cultural" sobre la cual articula su capacidad receptora. Pues sólo así puede el comunicante orientar la actividad del percipiente hacia los principios sobre los cuales éste jerarquiza sus fines, y hacia los verdaderos problemas de su existencia, inclusive aquéllos que el percipiente puede sufrir sin conciencia problemática de los mismos.

Esta, como es fácil ver, no es tarea contraria ni sustituta de la que *conjuntamente* tienen que llevar a cabo los técnicos y otros intelectuales. Y es también tarea para filósofos, especialmente para los dedicados a la historia de las ideas, ya que a través de aquélla se trata de que el hombre de América Latina no sólo cobre conciencia de su naturaleza humana, sino específicamente de su propia realidad histórica, para lo cual es menester ayudarle a cobrar conciencia de que tiene que poner en cuestión el confuso orden de cosas que le es familiar.

Coincidimos, pues, con Roberto Agramonte cuando éste manifiesta:

Tres son, a nuestro modo de ver, los pasos complementarios que pudiera dar el filósofo ante las situaciones a las que convierte su mi-

*rada en torno: comprensión de la situación, valoración de la misma e intervención.*³⁰

Nosotros asentimos, porque sostenemos que la pretendida reflexión filosófica que se manifiesta despreocupada de toda consideración de la manera en que puede afectar concretamente al hombre, o a un grupo de hombres, constituye un ejercicio intelectual sin mayor trascendencia que un juego de ingenio cualquiera. Pues entendemos que el filosofar no es sólo una actividad privativa de la persona humana, sino precisamente *aquella* que pone en cuestión al hombre que piensa y a la realidad existencial desde la cual piensa.

Desde luego, esto no implica que el filósofo o estudioso de la filosofía deba comprometerse ciegamente con bloques de intereses partidistas; pero tampoco implica que deba guardarse refugiado en la formulación de puras abstracciones deshumanizadas.

Nos parece necesario que los filósofos o estudiosos de la filosofía en América Latina acepten que su responsabilidad no debe limitarse sólo a cultivar su capacidad intelectual o la de un grupo privilegiado de hombres mediante el ejercicio de una tarea puramente académica. Pues, aunque es cierto que el filosofar constituye una actividad eminentemente intelectual, reflexiva, especulativa, es preciso recordar que no se produce en una tierra de nadie, sino desde una "disposición" existencial que sufre afecciones que son referibles a un particular medio histórico.

La reflexión filosófica sobre el hombre latinoamericano, por tanto, no puede ser una reflexión conceptual abstracta, ya que si no se toma en consideración la experiencia histórica de aquél, sólo ofrecerá una expresión vacía. No obstante, como por otra parte es forzoso aceptar que la sola consideración de la experiencia histórica vivida por el latinoamericano, sin el beneficio de la acción aclaradora de la reflexión filosófica constituiría una realidad ciega, por ello entendemos necesario que el filósofo o el estudioso de la filosofía no se sustraigan a esta tarea.

Y deben hacerlo cordialmente, para gestionar, de una parte, que se establezca la comunicación existencial que posibilita ese diálogo que descubre al hombre sus límites y sus potencialidades crea-

³⁰ Ponencia de Roberto Agramonte aparecida en *El peligro de la libertad intelectual*. Tercer Congreso Interamericano de Filosofía. Mesa Redonda de la Unesco. México: Imprenta de la Universidad Nacional Autónoma de México, 1962, p. 25. Debemos hacer claro que por *intervención* no entendemos entrada directa en programas de partidos o en trabajos de carácter administrativo. Cada quien debe asumir la responsabilidad en la medida de su capacidad o de sus facultades creadoras.

doras y le confronta con su responsabilidad social. De otra, para señalar o sugerir orientaciones que surjan de la directa consideración del medio ambiente del hombre latinoamericano, para que éste pueda ganar una visión de la existencia histórica y percatarse del lugar que le corresponde en el mundo contemporáneo.

Y sobre todo, para contribuir activamente, y de modo enérgico, a formar y consolidar la personalidad del hombre latinoamericano, entregándose a una tarea de educación ciudadana que pudiera compararse con la de los antiguos maestros griegos. Pues, como señala el gran maestro de América, Francisco Romero:

*La historia la hacen los hombres y se hace con hombres. Sin duda cuentan también en ella considerablemente las ideas y los principios. Pero las ideas las piensan y proponen los hombres, y los principios, no cobran vida auténtica y poderosa, no vibran en modo eficaz y convincente, sino por la adhesión entrañable de algunos hombres de excepción que los hacen suyos y los muestran así, no como helados apotegmas, sino como verdades indiscutibles y dotados de una autoridad y un prestigio incomparables.*³¹

³¹ Francisco Romero: *Sobre la filosofía en la América Latina*. Buenos Aires: Editorial Raigal, 1952, p. 56.